

El Tibet sin Velos

EN una página memorable de la Enciclopedia, Diderot explicó la manera de corroborar las informaciones ilógicas y consignó que la lejanía en el tiempo y la inaccesibilidad geográfica eran primeras causas de un libertinaje de la imaginación que concluía procreando fantasmas. Probablemente de allí proceden muchas candorosas historias sobre los "misterios del Oriente", la clasificación de los chinos (los más racionalistas de la Tierra, según Servan Schreiber) entre los seres fantásticos o la moda orientalista norteamericana.

Desde la ascensión de Mao y aún antes, desde la lectura adolescente de Lu Sin y de Malraux, vimos desvanecerse el exotismo chino. De ello se encargaron, para el Japón, los transistores y las filmadoras. El Asia misteriosa ha venido achicándose hasta reducirse a la India y al Tibet, sobre todo a éste: desde el "abominable hombre de las nieves" hasta el "tercer ojo" nada se le ha ahorrado. Quizás sorprendiera a los crédulos saber que el último Panchen Lama fue designado en 1951 por Mao Tse Tung, en ejercicio de los derechos imperiales sobre el Tibet heredados por la República china.

Una encantadora viajera nacida, como el "alma pura", en Szechuan, pero residente en París, Han Suyin, a quien debemos preciosos libros sobre el Asia de hoy, acaba de regresar del Tibet y cuenta su viaje en un ameno libro, titulado Lhasa, estrella-flor (París, Stock, 1976) recomendable para quienes buscan la verdad y no mera certificación a personales confusiones.

Hace años Brecht preguntó: "¿Dónde vivían los obreros que construyeron los palacios de Lima la bella?" Del mismo modo, Han Suyin pregunta por el pueblo que construyó los fabulosos palacios tibetanos. En 1959, cuando el Dalai Lama abandonó Lhasa refugiándose en la India y se desmoronó la última teocracia del planeta, en el Tibet había 2.711 monasterios o templos, 107.000 lamas y 13.000 monjes para una población inferior a un millón de personas, constituida en su mayoría por siervos que trabajaban las tierras con métodos medievales para dar sustento al veinte por ciento de los hombres del país que vivían consagrados a la religión en los monasterios, a la clase noble y para poder conservar los techos de oro del Potala, del palacio de verano del Dalai Lama en el Norbulingka, del monasterio de Drepong, de las residencias del Panchen Lama, etc. Han Suyin certifica, con ayuda de fotos, que los palacios son conservados intactos y relucientes, pero

agrega que algunos son museos públicos y que en los parques del Dalai Lama las familias tibetanas hacen sus picnics dominicales.

Parte del éxito de la nueva administración, dice Han Suyin, estriba en la medicina. La palabra "lama" también quiere decir "médico", pero entre sus ensalmos y pomadas, entre cuyos ingredientes se dice que se contaban las sagradas defecaciones del Dalai, y la medicina moderna que en la segunda mitad del siglo XX trajo al Tibet por primera vez la vacuna antivariólica, los antibióticos, los hospitales, los sistemas higiénicos, la elección no parecía difícil. Los famosos médicos auxiliares de China conquistaron más que el ejército de los Han. A la nueva magia que aportaban —la salud— se sumaron muchas otras cosas también mágicas: las carreteras que religaron el Tibet con China y Nepal, la entrada triunfal de las bicicletas, los jeeps, los camiones y otros monstruos semovientes, y, culminando la desacralización, el teléfono, que incorporó la ciudad de Lhasa al repertorio internacional de las telefonistas.

Parodiando una frase de Lenin, podríamos preguntarnos si el Tibet se incorporó al socialismo o a la electricidad. Ambas le vinieron juntas y con ellas otros proyectos humanos: la consigna, a diferencia de la que rige al pueblo chino, es el aumento de la población, por lo cual la madre y el niño, dice Han Suyin, son el centro de la atención social. El Tibet quiere recuperar los diez millones de habitantes que tenía hace cinco siglos, lo que es un modo de borrar una larga historia de servidumbre y probablemente una astuta medida para resguardar fronteras.

Durante siglos los siervos acarrearón madera para caldear los monumentales y helados monasterios donde los "lamas" oraban, hasta arrasar con todos los bosques del Tibet. Durante ese tiempo se desprendieron de cargamentos de mantequilla para ofrendar a los dioses. Visitando Drepong, que es el mayor monasterio del mundo (tenía 12.000 monjes en 1959 y ahora sólo 300, pero puede cobijar fácilmente a 50.000, lo que implica entonces una servidumbre del cuádruple de personas para cultivar sus tierras y atender a los religiosos) Han Suyin observó que en los boles de plata y oro de las numerosas capillas sólo se ofrendaba agua. Preguntó dulcemente: "¿Los dioses se han apercebido de que ya no hay mantequilla, de que sólo queda agua?" Los lamas respondieron cortésmente: "No parecen quejarse por ello".

Angel Rama